

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

Ediciones de ARTES Y LETRAS
(LOS DIEZ)

RECORDANDO...

Día de verano en otoño. La pieza pequeña, con las puertas cerradas. Un balcón entreabierto, por donde viene la luz blanca, desabrida, acompañada de soplos cálidos y de ruidos callejeros. Esta comparsa de luz, de calor y de ruidos entra vivamente, y ya dentro de la pequeña pieza, retarda el paso, vacila, hace como que va a retirarse. Cristián observa este juego desde el rincón oscuro en que está.

En la muralla hay grabados y fotografías. Una bella artista sonríe bajo el enorme penacho blanco del negro sombrero y se muerde el dedo meñique.

Cristián recuerda.

Tenía esta mujer unos ojos admirables. Eran verdes en ocasiones, como el verde de la ola a contraluz, y a veces eran oscuros, con el misterioso color del agua bajo el muelle.

Se parecía esa mujer a María, como se parece al original una buena traducción. Si ella hubiese sido la amada de Cristián y no la otra, hubiera dicho que la versión era superior al original: tan bella era.

Una noche, en el camarín oliente a esencias y a emanaciones de mujer, su mano conmovida palpó la suave firmeza de su cadera. Fué un accidente casual, originado por la estrechez de la habitación y el crecido número de visitantes. Charlaban, y desde ese punto Cristián no habló ni oyó lo que los demás decían. Voces, risas, miradas, gestos, palabras, ideas, luces, todo

eso se confundió, se amasó, se hizo blando y firme como la curva de aquella cadera.

Ahora mismo, en el rincón oscuro en que está, ahueca ligeramente la mano y le parece palpar la plenitud del flanco bajo la ceñida seda de la falda.

De seda también vestía María cuando por primera vez las niñas dilatadas de sus ojos hicieron desaparecer el verde de las pupilas, dándole la impresión de que se habían vuelto negras.

Estaban en el saloncito oscuro, fresco. Se había sentado ella en el ángulo más sombrío. Junto a la ventana, apenas entreabierta, observaba Cristián el pequeño patio inmóvil, bajo el sol meridiano. Ni un rumor en la casa adormilada.

Se volvió hacia ella sin verla, deslumbrado como estaba por el sol, y le dijo:

—¿Qué hace?

La voz de ella cantó en la penumbra:

—Leo algo muy lindo.

Se esforzó él en penetrar la sombra y distinguió borrosamente la blancura de su rostro y de sus manos.

—¿Qué es?

Debió ella sonreír, porque su voz fué alegre.

—Versos—contestó.

Vislumbró Cristián sus ojos, frente a los de él, y fué a sentarse a su lado.

Ella empezó a leer:

Del llanto al beso, en dulce desvarío,
hay apenas un leve calofrío.

Cogiéndola una mano, que tembló levemente dentro de la suya, siguió Cristián recitando:

¿Y qué es un beso? Un juramento
hecho muy cerca, en mudo arrobamiento.
Es promesa sin voz, punto rosado
de la *i* de la pasión; secreto amado
que hace del labio seductor oído.
Es un fugaz instante

de infinito y de cielo, con ruido
de abeja susurrante.
Es conmoción de amor que sabe a rosa,
manera de aspirar en dulce calma
del corazón la esencia misteriosa
y de gustar, sobre la boca, el alma.

Ella sonrió casi con dolor, diciéndole:

—¿Puede gustarse el alma?

—Sobre la boca—respondió él, mirándola hasta lo hondo.

Volvió a sonreír María, y su mano, libertándose de la prisión en que estaba, se echó sobre la de Cristián, oprimiéndosela con fuerza.

Entonces fué cuando, juntas sus mejillas, vió él que los ojos de ella se hacían negros.

Algo trémulo aun, volvió a su asiento, junto a la ventana, y el sol lo deslumbró de nuevo.

Al cabo de un instante pudo preguntarle:

—¿Cree ahora?

La voz desfallecida de ella habló en la penumbra:

—¿Que tiene gusto el alma?

—Sí. ¿Cree ahora?

Envueltas en un suspiro exhaló estas palabras:

—Ahora creo...

M. MAGALLANES MOURE.